

Domingo de la Trinidad

“Y SABED QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS, HASTA EL FIN DEL MUNDO”

7 Junio 2009 P. Carlos Padilla

“Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”

Hoy, en nuestro **Santuario de Serrano, celebramos un nuevo aniversario**. Hace ya ocho años, el **domingo de la Trinidad del 2001**, pudimos bendecir este lugar de gracias. Desde entonces, María, a lo largo de estos años, ha obrado muchos milagros de gracia. Cada vez que celebramos un aniversario, un cumpleaños de María en su lugar de gracias, el corazón se alegra. Hoy damos gracias al cielo por tantas bendiciones recibidas. A lo largo de estos 8 años Ella ha dejado claro su deseo. Quería establecer su casa en un pequeño jardín en el centro de Madrid. Un lugar que pasaba desapercibido para el mundo y que, sin embargo, cada año, ha ido atrayendo más corazones. Se ha convertido así en un oasis de paz, en un pequeño desierto donde descansar en las manos de María. Los que llegan por primera vez se sorprenden: *“Mira que he pasado veces por delante y no sospechaba que existía esto aquí”*. Y, como siempre sucede, su descubrimiento produce adicción. Los que han podido descansar una vez en él, tienen que volver una y otra vez. Los que han encontrado consuelo en los brazos de María, vuelven. **Así es Ella, cuando nos toca el corazón, no deja que nos alejemos de nuevo.** Nos retiene, nos educa y nos envía como sus dóciles hijos.

Hoy, además, concluido ya hace una semana el tiempo pascual, la Iglesia celebra el **Domingo de la Trinidad**. Esta fiesta está muy unida a la persona de María. Ella es morada de la Trinidad. Dios Trino la escogió y la tomó como su hogar en la tierra. Ella nos enseña el camino más directo hacia Dios. Nos adentra en el mundo sobrenatural y nos enseña a vivir cada día en esa atmósfera de Dios. El otro día leía el **testimonio de alianza de amor con María** de una persona. Decía: *“En verdad (Ella) siempre me ha cuidado muchísimo, pero ahora más. Además, la Mater se ha puesto en un segundo plano y ha dejado paso a Dios y he podido experimentarlo como Padre”*. Así es María en el Santuario. Ella es el **remolino que nos lleva al Dios Trino**, como nos decía el **Padre Kentenich**: *“Ella es el personificado movimiento hacia Cristo. Llamamos algunas veces a María, en este sentido, el remolino de Cristo, una “catarata” de Cristo. Quien llega hasta la Virgen es arrastrado por Ella como por un remolino que impulsa hacia Cristo y hacia la Santísima Trinidad. No puede escaparse de ese remolino. (...) Es el camino más seguro, más rápido y más corto para llegar a comprender y vivir el misterio de Cristo y de la Santísima Trinidad”*¹. María nos abre el camino al corazón de Dios Trino. Ella, la coronada por la Trinidad, nos sumerge en el amor de un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. **Grignon de Monfort decía**: *“La Santísima Trinidad quiere encontrar por todas partes, en todas las criaturas a la Santísima Virgen. Y si no encuentra a María no está satisfecha”*. Estas palabras nos muestran una realidad muy grande y muy sencilla. Dios eligió a María y **sigue buscando a María en los hombres para habitar en ellos**. El camino más rápido para

¹ J. KENTENICH, *La Alianza de Amor con María*, 80

llegar a Dios es María. El camino más rápido para que Dios habite en nuestra alma es tener a María en nosotros. **Vivir en María es la clave para nuestra vida.**

Por otro lado, este domingo la Iglesia celebra una jornada especial “por los que oran”, por todas las **comunidades de vida contemplativa**. Rezamos por todos los que se saben llamados por Dios y se consagran a una vida de oración, de trabajo y de vida comunitaria en el claustro. **Estas palabras definen muy bien la vocación** de aquellos por los que hoy rezamos: *“En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraterno, orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. (...) Y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del pueblo de Dios”*². Hoy oramos por los que oran por nosotros y pedimos que surjan más corazones dispuestos a abrazar este camino. Hoy nos unimos a los que oran, **a los que son el pulmón vivo de la Iglesia.**

El otro día recordaba una frase de Nietzsche que decía: *“El valor de un hombre se mide por la cuantía de soledad que puede soportar”*. Lamentablemente me toca observar con frecuencia, lo que nos cuesta soportar la soledad. Una escritora, **Ángela Becerra**, al comentar su obra, señalaba la importancia del silencio en nuestra vida y decía: *“El móvil ha acabado con el silencio que nos quedaba”*. En realidad, el móvil no es lo único que nos impide hacer silencio. El tipo de vida que llevamos, las prisas, los ruidos, la tecnología, son muchas las cosas que nos alejan de la soledad en la que vive Dios. En ocasiones alguno me ha comentado su deseo inconfesable de retirarse a un claustro. Pero tal vez expresaba sólo el **deseo de tener más soledad, más silencio**. Y es que hoy, cuando rezamos por las personas llamadas a este tipo de vida contemplativa, nos preguntamos, irremediablemente: *“¿Cómo es nuestra vida de oración?”*. Y más aún, nos preguntamos qué podemos hacer para que crezca el tiempo de silencio y soledad en nuestra vida diaria. Es cierto que, cuando se tienen varios hijos y el trabajo exige tantas horas, no es fácil encontrar esos momentos. Puede ser que en todo el día, lleno de actividades y personas, no haya tiempo en exclusiva para Dios. **No obstante, el día de hoy nos invita a cuestionarnos y ver si no es posible crecer en este aspecto.**

La vida contemplativa es una vocación, un don. Todos estamos llamados a vivir en unión con Dios, pero Dios sólo llama a algunos a vivir de forma exclusiva para Él. Las personas llamadas a la vida contemplativa, son un signo vivo de la pertenencia a Dios, a la que el corazón está llamado. Son la presencia que nos recuerda, a los que con frecuencia vivimos sin hacer silencio, aquello que de verdad hace feliz al hombre y colma su corazón: **contemplar a Dios eternamente**. Hoy pedimos que en la Iglesia sigan surgiendo vocaciones a la vida contemplativa. Vocaciones de verdad y no forzadas por el hombre. La llamada a la vida contemplativa es un misterio y **sólo Dios lo puede despertar en el corazón del hombre.**

El otro día me llamaba la atención una noticia sobre Osel, el niño Lama, que pasó sus primeros años de vida en un monasterio. A los seis años fue identificado como la reencarnación del Lama, guía espiritual de los budistas. Vivió casi toda su vida en un monasterio, llevando vida de monje. **Al cumplir los 18 pidió irse.** Él justificaba su decisión de dejar el monasterio diciendo: *“La infancia es el período más importante de la vida porque es cuando se forma la persona, y la mía fue frustrante y llena de sufrimiento. Mi crecimiento se frenó y hay muchos aspectos en los que aún tengo que madurar: convivencia, sociabilidad, conocerme mejor y saber quién soy”*. Después de años de oración en un monasterio, ahora se declara agnóstico y se rebela contra todo lo vivido anteriormente.

² Exhortación Vita Consecrata, nº 8

Las palabras de Moisés reflejan muy bien la actitud que hoy la Iglesia nos muestra como un ideal, **la vida de aquellos que viven en oración contemplando a Dios. Y al mismo tiempo nos muestran el rostro paternal de Dios** en la historia de su pueblo elegido. En esa historia se manifiesta su amor personal. El amor es el núcleo de su ser más profundo. **Dios Trino es amor.** La experiencia del amor en el hombre se hace historia. En esa historia con Dios el hombre conoce a un Dios que es paternal, que se preocupa de cada uno, que está cerca del hombre. Las palabras de Moisés **muestran así la paternidad de Dios:** *“Moisés habló al pueblo, diciendo: - «Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, palabra tan grande como ésta?; ¿se oyó cosa semejante?; ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?; ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor⁵ vuestro Dios, hizo con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos? Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre.» Dtn 4, 32-34. 39-40.*

No ha habido nunca un Dios tan personal y cercano, un Dios que se preocupara de esa forma por su pueblo. Moisés, recurriendo a su experiencia personal, a su encuentro en la zarza ardiendo con el Dios de sus padres, les recuerda a los suyos cómo es el Dios que los conduce. **Sólo Dios elige a un pueblo, lo llama y lo conduce.** Sólo Dios ha hecho prodigios por sus hijos. **La conclusión a la que llega es clara: no hay otro dios fuera del Dios de Israel.** De esa forma es posible entonces **llamar a Dios Padre.** Sus mandamientos son sólo un camino que Él nos propone para ser felices. El Espíritu de Dios nos hace reconocerlo como Padre y sentirnos hijos elegidos por su amor personal: *“Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: “¡Abba!” (Padre).* Ese Dios que ama, entonces, antes de nada, es un Padre misericordioso que nos elige y ama como hijos predilectos.

Las palabras del salmo expresan esta realidad del pueblo elegido, la realidad de los hijos de un Dios que ama: *“Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad. La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos, porque él lo dijo, y existió, él lo mandó, y surgió. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. Sal 32, 4-5. 6 y 9. 18-19. 20 y 22 1 2b.* Su misericordia, sus palabras son el sostén que nos da la vida. En la vida tan frágil que Dios nos concede, necesitamos reconocer a Dios como un Padre que nos cuida con ternura. **Justo esta semana la comenzamos con la trágica noticia** de un *Accidente aéreo* en el Atlántico. Estas noticias nos hacen tomar conciencia de nuevo de lo breve que es nuestro caminar por este mundo. De lo pasajeros que son nuestros días. Tantas vidas rotas en pocos segundos, tantas familias heridas. ¡Cómo entender a Dios cuando no encontramos respuestas! ¡Cómo explicarnos solos el sentido de la vida y de la muerte! **Sin un Dios personal que está esperándonos al final del camino, más aún, que recorre con nosotros el camino, la vida es un sinsentido.**

Los hijos de Dios confían en un Padre que los conduce y los cuida. Los que tienen la libertad del Espíritu en su alma, éstos son los hijos verdaderos de Dios: *“Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”.* **Dios se preocupa de cada uno con un amor personal y profundo.** Es normal que el mundo tenga una imagen tan

distorsionada de Dios, **cuando tiene una imagen distorsionada de los padres, de la familia misma.** En los padres, cuando somos niños, tendríamos que ver el reflejo de Dios Padre. Por eso sorprende escuchar noticias que manifiestan el deseo, de hacer que **las menores puedan abortar** sin autorización de sus padres. El otro día leía: *“Ningún padre o madre puede entender que una menor tenga que pasar ella sola por ese trauma sin contar con el consejo, apoyo y opinión de sus progenitores, pero parece que la misma hija a la que se le prohíbe beber alcohol o hacerse un piercing es suficientemente adulta como para someterse a una intervención como el aborto sin que lo sepan sus padres”*. **Decía Aristóteles:** *“La amistad de los hijos hacia los padres y de los hombres hacia los dioses es como una inclinación hacia lo que es bueno y superior, puesto que han recibido de ellos los mayores beneficios”*. Si no tenemos esa imagen de nuestros padres, seguramente **tampoco veremos a Dios como Padre.** Si en los que están por encima nuestro vemos un peligro, una amenaza, en lugar de un beneficio o un modelo a seguir e imitar, acabará pasándonos con Dios exactamente lo mismo, será una amenaza para nuestra felicidad.

Por otro lado, Dios Trino es Espíritu Santo: *“Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: «¡Abba!» (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios”*. El Espíritu Santo vino **sobre nosotros el día de Pentecostés** y encendió nuestros corazones. Cuando nos abrimos al Espíritu, cuando nos abrimos a la gracia que nos transforma, nuestra vida adquiere una nueva dimensión. De esta forma nos hacemos dóciles a lo que Dios nos pide. Así Dios puede plasmar en nosotros su propia imagen. Así lograremos encarnar la perfección que Él sueña para nosotros, que no es otra que la que describe **Sta. Teresita de Liseaux:** *“La perfección consiste en hacer la voluntad de Dios, en ser lo que Él quiere que seamos (...) Nuestro Señor se ocupa personalmente de cada alma, como si no hubiera más que ella.”*

Además, Dios Trino es Hijo, hecho carne y entregado por nosotros: *“y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados. Romanos 8, 14-17.* El mes de Junio nos sitúa ante el Hijo, ante el Verbo hecho carne. **El Sagrado Corazón** de Jesús está en el centro de nuestra vida en este mes. Hoy miramos a Cristo. **S. Bernardino**, a quien celebramos hace unas semanas, tenía mucha devoción al *“Santísimo nombre de Jesús”* y decía: *“Su nombre es misericordia, es perdón. Que el nombre de Jesús resuene en mis oídos, que su voz es dulce y su rostro bello”*.

Me comentaban el otro día que **en un museo a Cristo se le llamaba:** *“Divinidad occidental”*. **Para nosotros es hombre, es el hijo que se entrega por amor a nosotros.** Es un rostro concreto que seguimos: *“En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: - «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.» Mateo 28, 16-20.* Los discípulos obedecen a Cristo y siguen el camino por Él marcado. Lo buscan y quieren estar en su presencia.

Esta semana hemos celebrado varios Mártires: *“Justino, Marcelino y Pedro, Carlo Luanga y compañeros mártires, Pedro, mártir de Verona y Bonifacio”*. Todos ellos comparten un camino común: **siguieron a Cristo hasta la muerte**, hasta dar la vida en su nombre. Siempre que recordamos a los mártires, pensamos en la sangre que vertieron por amor al rostro de Cristo. Se habían encontrado con Él, lo habían amado con lo más profundo de su ser y estuvieron dispuestos a darlo todo, si eso era lo que exigía ser fieles a Cristo hasta el final. Hoy pienso en el martirio de amor que Dios nos pide. Un martirio distinto a la sangre vertida por esos mártires. Un martirio que nos exige entregar la vida por amor a los demás, por amor a Cristo reflejado en el rostro de tantos hombres

que buscan un sentido a sus vidas, que sufren, que no encuentran la paz. Decía **Juan Pablo II**: *“Vale la pena trabajar por una sociedad más justa, defender al inocente, al oprimido, al pobre. Vale la pena sufrir para mitigar el sufrimiento de los demás. Vale la pena dignificar al hombre. Vale la pena porque ese hombre es un ser imagen de Dios”*. Sí, vale la pena nuestro martirio sencillo y silencioso. Tal vez un martirio sin brillo que pasa desapercibido a los ojos de los hombres, nunca a los ojos de Dios. **Un martirio que implica nuestra entrega llena de amor a los que más necesitan nuestra entrega**, un martirio que cambie el mundo que nos rodea y que soñamos que sea diferente.

Cuando hablamos de Trinidad, comprendemos que estamos llamados a ser hombres trinitarios, hombres anclados en el corazón de Dios Trino. Fuimos bautizados en el nombre de la Trinidad: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”*. Ese mandato se hace vida en nuestras vidas desde casi el comienzo. Somos bautizados en la fuerza *“del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*. Y lo renovamos cada día, en cada oración en la que recurrimos a la Trinidad: *“Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, al Dios que es, que era y que viene”*. Somos bautizados para que Dios tome posesión de nuestras vidas y nos transforme en hombres nuevos.

Dios Trino quiere inhabitar nuestra alma para darle un rostro nuevo. El otro día en un anuncio decían: *“Cambiar significa ir más allá, donde otros no llegan”*. Nosotros, que hemos sido bautizados en la fuerza de Dios Trino, que vivimos en su presencia concreta y llena de amor, sí que podemos llegar donde otros no llegan. Somos templos del Espíritu, en nosotros vive Dios, sin embargo, con frecuencia nos seguimos sorprendiendo de nuestra debilidad y caídas. Decía **S. Francisco de Sales**: *“Nuestra imperfección nos acompañará hasta el sepulcro, no podemos caminar sin tocar el suelo. Es preciso no caer y no enlodarse, pero tampoco hay que pensar en volar, porque somos polluelos y todavía no tenemos alas”*. Pero siempre, después de cada caída, tenemos que tener el coraje suficiente para volver a la pelea, para seguir corriendo y luchando. **Justamente el otro día, Nadal**, después de perder, mostraba una actitud positiva ante las caídas y derrotas: *“Uno necesita una derrota, para darle valor a todas las victorias logradas. Hay que aceptar las derrotas de la misma forma como se aceptan las victorias: con calma”*.

De nuevo **S. Francisco de Sales nos ilumina sobre la paciencia y la calma en el crecimiento**: *“La curación que se hace lentamente es la más segura, pues las enfermedades, tanto del alma como del cuerpo, vienen a caballo y corriendo y se van a pie y paso a paso”*. Es la calma que nos falta con frecuencia para enfrentar las dificultades y las derrotas. Los fracasos nos quitan la paz y nos hacen olvidar de un plumazo todas las alegrías y todos los motivos para dar gracias que hay en nuestra vida. Es por eso necesario ir paso a paso, con calma, Dios va haciendo morada en nuestro interior, y ello lleva tiempo.

Miramos hoy a María en su fiesta, en su aniversario. Miramos a la llena de Dios, la morada de Dios Trino. Ella nos conduce a lo profundo del corazón de Dios. Ella nos hace hijos dóciles y desde aquí, desde su Santuario, nos envía al mundo a dar testimonio de Dios Trino con la certeza en el corazón: *“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*. **En el fuego del Espíritu, arraigados profundamente como hijos en el corazón de Dios Padre, caminamos en Cristo**, para anunciar al mundo la alegría de sabernos amados en Dios y en María.